

1. EL ELEMENTO ORIENTAL

En Alejandría confluyeron elementos culturales venidos del Oriente. La influencia oriental es más aguda en los conceptos religiosos, dado que en Oriente la filosofía aún no se había independizado de la religión, sino que ejercía las funciones de su lado especulativo. La aportación religioso-oriental consiste en los elementos místico-panteístas del hinduismo, y los elementos dualistas de la religión de Zoroastro (profeta iraní fundador del Mazdeísmo o Zoroastro).

Pitágoras, el más grande de los matemáticos griegos, mucho tiempo atrás, bebió directamente de las fuentes orientales del pensamiento cuyas características principales, y que, de una manera u otra se hallan presentes en la filosofía teológica de Occidente, son:

- a) La trascendencia absoluta del Primer Principio, concebido como inaccesible no sólo a toda experiencia sensible, sino también a toda determinación intelectual.
- b) La inefabilidad del primer principio, hacia el cual el razonamiento humano, a falta de poder afirmarlo positivamente, no puede señalar sino mediante negaciones, siendo la más radical de todas que el Primer Principio no tiene límites ni determinaciones asignables.
- c) La despersonalización como método de salvación. Conocerse uno mismo no es tomar conciencia del puesto del individuo del universo, sino al contrario, llegar a conocer que no hay diferencia entre el individuo y el todo.

La herencia oriental es el principio de la negación: lo que no se puede decir o afirmar de las realidades suprasensibles. Su inclinación espontánea es la teología negativa o *apofática*.

Nacido a mitad de camino entre Oriente y Occidente, el cristianismo representa en la historia del pensamiento y la conciencia de Dios y del hombre como personalidad y la reconciliación entre ambos. Nadie como Hegel supo extraer de esta intuición todo su jugo filosófico.

2. LA IDEA DEL CRISTIANISMO SEGÚN LA FILOSOFÍA DE HEGEL

El primer interés con que nos encontramos en la religión cristiana es que el hombre adquiriera conciencia de la unidad de la naturaleza divina y la naturaleza humana, de una parte, como unidad que es en sí y de otra parte, en la realidad e cuanto a culto.

La teoría de la reconciliación consiste en que se tenga conciencia de Dios como formando una unidad armónica con el universo; es decir, en que Dios, como en la filosofía neoplatónica, se particularice y no permanezca como abstracto.

El hombre en cuanto asequible a lo divino, necesita que se dé también a la identidad de la naturaleza divina y la humana, y la conciencia de que esto se le revele de un modo inmediato es la persona de Cristo, en la que se funden y unifican en sí las dos naturalezas. Por consiguiente, la revelación de lo *absoluto* como lo *concreto* se ha manifestado en el universo mismo, y no solamente en el pensamiento y de un modo general, como mundo inteligible, sino habiendo progresado ya hasta su última intensidad.

Lo absoluto concebido como lo concreto, la unidad de estas dos determinaciones absolutamente distintas, es el Dios verdadero; cada una de ellas es abstracta y, por tanto, una de ellas por sí mismo no es todavía el verdadero Dios. El hombre alcanza esta verdad al adquirir como intuición la certeza de que el Logos se hace carne en Cristo. Tenemos así, en primer lugar, al hombre que se remonta a través de este proceso a la espiritualidad y, en segundo lugar, al Hombre como Cristo, en quien cobra conciencia esta identidad originaria de las dos naturalezas.

Ahora bien, como el hombre es en general, ese proceso que consiste en ser la negación de lo inmediato y llegar, por esta negación, así mismo y a su unidad con Dios, se ve obligado a renunciar con ello a su querer, su saber y su ser naturales. Esta renuncia a su naturalidad es contemplada en la pasión y muerte de Cristo y en su resurrección y exaltación a la diestra de Dios Padre.

Cristo fue un hombre completo, compartió la suerte común a todos los hombres: la muerte; sufrió y se sacrificó como hombre, negó su naturaleza y fue exaltado por ello. En Él se hace realidad contemplable este proceso, esta conversión de su alteridad en espíritu, y la necesidad del dolor en la renuncia a su propio ser natural; pero este dolor, el dolor de ver muerto a Dios mismo, es la fuente de donde mana la santificación y la exaltación del hombre a Dios. De este modo, cobra conciencia como consumado en sí en Cristo, lo que debe operarse en el sujeto, este proceso, esta conversión de lo finito. Tal es, en efecto, la idea del cristianismo en general.

ACERTIJO FILOSÓFICO:

Un hombre afirma que está mintiendo... ¿Lo que dice es verdadero o falso?